

LO QUE LE DEBEMOS A DON QUIJOTE

por PEDRO SALINAS

Se celebra este año, y en estos días justamente, el centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. Toda ocasión es buena para la celebración cervantina, sobre todo para esa forma de celebración que es la que más le cumple a todo autor: la lectura. No encuentro, realmente, mejor modo de celebrar ningún libro que leerlo con amor. Pero, parece que ha de rendirse culto a Cervantes en otras formas que no sean sólo éstas. Yo he pensado en traer ante ustedes una especie de balance del Quijote. La posición contemporánea ante los grandes clásicos es un poco confusa. De una parte, ante los llamados grandes clásicos, de Homero a Tolstoi, se suele adoptar una posición puramente idolátrica. Estos clásicos, son clásicos eterna y permanentemente; son indiscutibles, su autoridad se impone y nadie tiene derecho a alzarse contra ellos, ni a poner en tela de juicio su clasicismo, es decir, su excepcional valor, su pertenencia a un reducido grupo de libros que son el mayor honor del espíritu humano. Esa posición idolátrica es un poco la academista, un poco la escolar. Indudablemente no es deseable porque se emplean muchas veces los clásicos que, de ser algo, son autores vivos, precisamente para detener la corriente de la vitalidad literaria de la innovación. Dijo con mucha gracia Oscar Wilde que las autoridades, las llamadas autoridades literarias, los académicos, solían emplear los clásicos como los guardias emplean la porra para oponerse a una manifestación subversiva, es decir, a una forma de innovación revolucionaria. De suerte que no conviene esta posición de santificación de los clásicos, o mejor dicho, de beatería ante los clásicos. No. Frente a esa hay otra, es la de los escépticos de los clásicos. Las gentes

que dicen: “Pero cómo, esos libros tan viejos, esos libros que nos dan a leer en las escuelas, por qué, por qué esos libros han de ser tan buenos?” Tendencia, no ya al escepticismo sino al ataque frívolo y vano de los clásicos, y a su sustitución por la primera novelucha contemporánea que se presente. He contado alguna vez una graciosa anécdota acaecida entre una estudianta de 20 años, un espíritu muy libre y desenfadado, que buscaba su **independencia** espiritual, y un viejo profesor. Esta estudianta, quería estar siempre a la **page**, como dicen los franceses, es decir, a la última moda, y le pregunta un día a su profesor: ¿No ha leído usted tal novela? Y el profesor, hombre no muy dado a novedades, sobre todo a modas, la contestó: “No”. “¿Pero cómo, si ya hace tres meses que ha salido?” repuso la muchacha. Esto, claro, era una forma de reproche a un profesor que tan mal se mantenía al tanto de la actualidad literaria; y el profesor, con toda mansedumbre, se limitó a decir a esta señorita: “¿Usted ha leído la Divina Comedia?” “No”. “Pues ya hace varios siglos que ha salido”.

De modo que, aquí tenemos, ninguna de las dos posiciones me es muy grata. Para mí, un clásico tiene que estar siempre dispuesto a rendir cuentas de su valor; tiene que estar siempre, permanentemente, en actitud de presentar lo que llamaríamos sus credenciales de clasicidad. Ningún clásico es indiscutible, al contrario, sucede que los mejores clásicos son constantemente discutidos. ¿Por qué? Pues, porque el valor de los clásicos es su valor vital. Si el Quijote vale algo, no es por lo que en él veamos los profesores, o los cervantistas, o los eruditos, o los académicos, no. El Quijote vale, únicamente, por su capacidad de infundir vida; de suscitar raudales nuevos de vida en cada uno de sus lectores. Libro que eso haga, siempre que la que infunde es una forma de vida superior, es un libro clásico.

De suerte que yo quisiera hoy celebrar este centenario con la modestia que cumple, claro, a este celebrante, procurando ajustar las cuentas al Quijote. Expresión desmedida, ustedes dirán, vulgar, acaso brutal. Porque en primer lugar los valores de una gran obra literaria no son materia de contabilidad, no son ponderables ni contables, están más allá del número y de la balanza. Yo llamo ajustar las cuentas, el ajustarlas nosotros frente al **Quijote**, es decir, el colocarnos frente a ese libro inmortal y hacer un balance de lo que le debemos,

porque nosotros somos, claro, siempre los deudores de los grandes libros.

No voy a hacer, ni muchísimo menos, una absurda tentativa de intentar recoger todo lo que debemos a **Don Quijote**. Cada cual debe a cada libro, cosas particularísimas que nadie sabe. Tan sólo el lector individual puede, él mismo, en su fuero interno, en el seno de su conciencia, sentir lo que debe a un Petrarca, lo que debe a un Rabelais, o lo que debe a un Cervantes. Esto es tan respetable que ninguna persona que aspire a un cierto grado de delicadeza intentaría ajustar esas cuentas personalísimas e íntimas, no; son las otras, las objetivas.

¿Qué debemos hoy a **Don Quijote de la Mancha**? Entiendo que le debemos, en primer lugar, un nuevo concepto de la novela. Si nosotros nos asomamos al panorama de la novela española, que es casi como decir la novela universal en el siglo XVI, nos encontramos con tres o cuatro tipos novelescos.

Primero, la novela de caballerías, las novelas de los caballeros andantes, novelas en que la imaginación se entrega a todo género de desafueros, tan desaforados, que se alejan por completo de cualquier raíz vital y se dedican a unos vanos arabescos aventureros por el aire. Pero esta novela de caballerías, cuyo valor mayor quizá fue la de dar nacimiento al **Quijote**, es además, una novela de clase, es una novela del caballero andante y nada más. Recoge, y eso es lo que me interesa hacer resaltar, recoge únicamente un aspecto parcial de lo humano: lo caballeresco. Aspecto magno, indudablemente; pero de tal manera lo recoge, que le quita autenticidad. Es un tono parcial de la gran coloración de lo humano.

Viene luego lo pastoril. Las novelas de los pastores. Estas novelas significan, sobre todo, el predominio de la vida sentimental, amores y amoríos entre pastores y pastoras que bien sabido es, no son tales pastores ni pastoras, sino cortesanos, gente muy letrada, muy culta y muy fina, que adopta esa figuración de pastores para vivir así en un mundo aparte, en un mundo fuera de lo real, sus vidas amorosas. Corresponden todas a la misma fórmula: pastores enamorados y no correspondidos y pastoras también enamoradas y no correspondidas. Se entregan a lamentaciones, a quejas, en prosa o en verso, y representan, otro sector, otra forma parcial de lo humano; la vida dedicada a las disquisiciones sentimentales.

Podríamos aún citar una tercera forma de novela muy curiosa, muy hispánica: la novela morisca, la novela granadina; esa novela, al fin y al cabo, no es más que una novela histórica, retrospectiva, con un fondo humano también sentimental. Curiosa como es, tampoco nos entrega ninguna novedad humana esencial.

Y aquí que entonces, cuando no se ve, del hombre, más que esas tres cosas, España acomete una empresa verdaderamente grandiosa. Esta empresa consiste en algo que nadie se había atrevido a hacer hasta entonces. Había habido en la literatura, hasta el siglo XVI, gentes de baja condición, pobres gentes de las que se llaman insignificantes, sin ningún título a grandeza social alguna; había habido esos personajes menores, pero eran justamente personajes **menores**. En la literatura medioeval, o en la renacentista, cojan ustedes por ejemplo ese espejo de la sociedad humana que representa Chaucer en los **Cuentos de Canterbury**, claro, hay personajes menores, pero son marginales.

De pronto, la España del siglo XVI, coge al hombre ínfimo en la escala social, al desvalido, al que no es nada, al que no tiene ningún mérito, al que no es caballero, al que no es culto, ni refinado, ni sentimental, al pobre hombre, lo llama **pícaro** y lo coloca en el centro de la acción novelesca; es decir, hace de él un héroe. Extraordinaria novedad, obra de profunda significación, y para mí página de honra en la historia del espíritu español. ¿Por qué? Porque significa nada menos que la entrada, el acceso de esta otra fase de lo humano, fase de lo humano numéricamente mucho mayor que las otras, a la estimación literaria y sobre todo en la compasión del lector. Leer es sentir con los personajes; es, en ese sentido, compadecer. La lectura es una forma de compasión. Cuando nosotros seguimos al **pícaro** por las posadas y los caminos, le compadecemos. ¡Gran hecho! El hombre por primera vez, el caballero, el culto, comienza a compadecer al hombre que no es nada y que no vale nada.

Muy bien está que se hable hoy de esa novela social que se creen muchos que arranca de **Los Miserables**, de Víctor Hugo, que se desarrolla luego en el siglo XIX y que en algunas novelas francesas, rusas y luego latinoamericanas y norteamericanas cobra tanto auge, la novela del desvalido, del "underdog", como dicen los americanos. Pues, bien: fue España, esa España a la que se llama fanática, esa España de clases, la que

ensalzó al desvalido y al pobre hombre al centro del interés humano y al centro de la acción literaria novelesca.

Damos, pues, con otra forma de novela: la del **pícaro**. Pero, el pícaro, también es un sector de lo humano; también es únicamente una fase de lo humano.

Y entonces, ¿cuál es el valor de la novela cervantesca? Pues, crear la novela "summa". Empleo esta palabra "summa" tal como la usaba y la practicaba la Edad Media; edad de grandes construcciones ordenadoras, de grandes compilaciones, ya fuesen mentales, como la "**summa**" **Teológica**, ya fuesen pétreas como las catedrales góticas. "Summa", es decir, el intento de recoger todas las aspiraciones de lo humano, todos los conocimientos humanos en un majestuoso y soberbio cuerpo. Eso hace Cervantes; crear la novela "summa"; tomar todos esos aspectos, lo picaresco, lo sentimental, lo caballeresco, y reunirlos en su obra. Pero al decir que Cervantes lleva a su obra, como se ha dicho ya muchas veces, lo picaresco, lo sentimental, lo caballeresco, hasta lo morisco, no se quiere decir que lo que hace es simplemente adicionar, superponer, en la suma; en el número 10, por ejemplo, hay un dos, hay un tres, hay un cinco, pero ese número, el 10, no es ni 2, ni 3, ni 5; es algo nuevo. En ese sentido es el **Quijote** novela "summa", porque reuniendo todos esos factores parciales, logra no tan sólo la visión picaresca, caballeresca, pastoril, etc., sino una visión de mucho más alcance y de mucha más profundidad. Novela "summa" en todos los sentidos.

Pero además, por primera vez, Don Quijote lleva la novela a su verdadero terreno. En la novela, el individuo tiene que estar en constante referencia a la sociedad. La novela es un género fatal y necesariamente social. La novela es la penetración y la revelación de ese infinito mundo de posibilidades de contacto que hay entre un ser humano, el protagonista, y lo que le rodea. La novela es, pues, el drama o la comedia del individuo y la sociedad.

Hé aquí lo que **Don Quijote** hace antes que nadie. ¿Qué es Don Quijote sino eso; el gran drama de un individuo frente a la sociedad; el gran drama de este hombre solo, con todas las gentes de todas clases que le rodean? Hé aquí, pues, otra inmensa novedad en el concepto de lo novelístico, situar lo novelesco en su verdadero lugar. En el **Quijote**, individuo y

sociedad, se conjugan o trágica o armoniosamente como en la vida.

Y naturalmente, al entrar en juego la sociedad, la auténtica sociedad, ¿qué es lo que entra en juego en el **Quijote**? Entran dos cosas: toda sociedad es un conjunto de personas, una comunidad humana, un pueblo asentado en una tierra. En el **Quijote** entran el pueblo y la tierra. Entran, la tierra española, inequívoca, porque hasta cuando quiere ser Cervantes utópico, y dice, “en un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”, nos está diciendo que no recuerda el lugar, pero recuerda la Comarca, La Mancha; es decir, entra ya una región del planeta, una región definida con su nombre, con sus características. Por algo decía Flaubert que cuando leía el **Quijote** le parecía que salían de sus páginas las polvaredas de los caminos españoles. Entra la tierra y entra el pueblo, todo el pueblo. Apenas sale Don Quijote empieza a encontrarse con gentes de toda condición; y no con gentes ilustres, ni de gran significación social; va a parar a la venta y lo primero que ve son dos mozas del partido y un porquero. Están abiertas de par en par las puertas de la novela, y como decía antes, de la compasión humana, para todos. Luego se encontrará en sus correrías con galeotes, con pícaros como Ginesillo, con el Duque, con caballeros; el pueblo, en su acepción completa, penetra por derecho propio, y penetra con vitalidad indestructible y prodigiosa en la novela, por el **Quijote**.

En el **Quijote** está empleado el realismo instrumentalmente, pero el **Quijote** trae a la novela el otro sentido que no puede faltar a ninguna gran novela; el sentido trascendente de la realidad, el sentido simbólico. Toda gran novela deriva hacia una forma simbólica. No es ya que el arte sea, él solo, forma simbólica, como asegura Cassirer, no; es que toda novela nos lanza mucho más allá de la aventura, de la trama, del personaje. Nos lanza a una finalidad de pensamiento o de sentir, que atraviesan, por decirlo así, la simple materia novelesca; nos coloca frente a un temblor humano, ya desprendido del propio asunto de la novela. La gran novela, Thibaudet lo decía muy bien, es novela simbólica. Hé aquí otra gran aportación del **Quijote**: es la primera gran novela simbólica, y yo diría, no sólo primera en el tiempo; yo digo creyendo que primera novela en el valor de esas grandes novelas trascendentales y simbólicas.

Un gran autor, escribe en prosa o en verso, al tener como

tema el hombre y la sociedad, necesita tener una visión del hombre; sentir al hombre de algún modo. En este respecto, ¿qué debemos a Cervantes? Cervantes nos da una visión encarnada, es decir, corporizada en personajes literarios, de eso que llamamos la naturaleza humana, la condición humana, el modo de ser humano. Frente a esto del modo de ser humano o de la naturaleza humana, hay también múltiples posiciones. Recordemos tres: una, la pesimista, la que considera que el hombre es un animal de baja especie, la de **Homo - Hominis - Lupus**, que cree que el hombre es un amasijo de malas pasiones y de vicios. Otra, la que por el contrario considera que el hombre es un haz de virtudes y que no existen en este mundo nada más que seres dotados de nobles intenciones, de colores sonrosados y de abiertas sonrisas: la concepción de “la novela rosa”. Abominable género literario, que yo no sé por qué razón castiga preferentemente al grupo femenino y particularmente en su edad moza. Hay muchas asociaciones feministas en el mundo; todavía no conozco ninguna contra la novela rosa, que sigue llegando, según tengo entendido, de la Península Ibérica, a razón de dos o tres por mes. Pues bien, esta novela rosa es un sub-producto de esa concepción puramente, ingenuamente optimista de la naturaleza humana. Es el otro extremo de aquella de “el hombre es un ser feroz”. Y en medio está la racionalista, la equilibrada; el hombre no es ni ángel ni bestia; participa de esas dos naturalezas que en él se conjugan.

¿Cuál es la visión del ser humano que Cervantes nos da en el **Quijote**? Para eso hay que pensar en quiénes son los personajes del **Quijote**. Si nos atuviéramos a la interpretación tradicional de **Don Quijote** veríamos que tenemos de un lado a Don Quijote, de otro a Sancho Panza; Don Quijote está encargado de asumir el papel de lo más noble y excelso de la naturaleza humana, y en cambio Sancho tiene, por el contrario, la desgracia de llevar sobre sus anchos hombros toda esa otra pesada cargazón de las miserias, de las vulgaridades y de lo grosero del hombre. Naturalmente eso es falso. Falso porque Sancho, como se va viendo conforme se entra en la novela, rebosa bondad, inocencia de alma; es profundamente bueno, sobre todo se hace profundamente bueno. Es prodigioso seguir en el **Quijote** la historia de Sancho y ver lo que es cuando sale de su pueblo, en sus primeras conversaciones con Don Quijote y lo que es al pie del lecho de Don Quijote: otro hombre. San-

cho es una creación de Don Quijote. Y no es otra cosa, es su criatura. Dice el refrán español: “arrímate a los buenos y serás uno de ellos”. Por eso Sancho, arrimado día y noche al bonísimo entre los buenos, a Don Quijote, llega también él a la suma bondad.

De modo que no vale decir que Cervantes da dos interpretaciones extremistas de la naturaleza humana: Don Quijote y Sancho. Para mí el personaje de **Don Quijote** no es ni Don Quijote ni Sancho, es Don Quijote más Sancho, o Sancho más Don Quijote. Un personaje dual, la compenetración, la convivencia de Don Quijote y Sancho, el caminar, juntos, de estas dos formas de la naturaleza. En suma, la visión que nos da Cervantes de la naturaleza humana, es, poco más o menos, lo que llamaríamos la fatal, la ineludible unión en nosotros de lo que se llamaba antes lo sanchesco y lo que se llamaba lo qui-jotesco, de lo cimero y de lo ínfimo. Unión indestructible; uno necesita al otro. Cuando Don Quijote sale él solo, primero, ¿por qué regresa luego, en busca de Sancho? Unamuno, en una de sus grandes genialidades, dijo que volvió a buscar a Sancho para tener con quién hablar. Unamuno cala muy hondo; porque en efecto, si Don Quijote sale solo por el mundo, la novela no sería como es, porque todo lo que Don Quijote dice en sus conversaciones con Sancho, ¿cuándo y cómo lo iba a decir? Pero hay más. Si Don Quijote vuelve en busca de Sancho es porque Don Quijote vuelve en busca de lo que en todos nosotros hay de inferior; y tenemos que cargar con ello por la vida. En este personaje dual —que yo no llamo pareja, sino Quijote-Sancho, o Sancho-Quijote, un solo ser, hecho de dos personas—, nos ha dado Cervantes la visión de la naturaleza humana en lo que tiene de mejor y de peor, de posibilidad, de salvación y de perdición. Visión auténtica y sincera de lo que es el hombre; ni la desengañada, ni la envanecida, ni la orgullosa, ni la desesperada: clara y franca visión de lo que todos somos en mayor o menor cuantía.

No se rechaza nada de lo humano, no. Pero esa convivencia, no es una convivencia que pudiéramos llamar neutra, indiferente. Por algo Cervantes ha hecho de Don Quijote el señor y de Sancho el servidor. ¿Qué quiere decir? Pues que, dentro de lo posible, lo representado por el concepto sanchesco antiguo, ha de ser siempre dominado, y en último término vencido por lo representado por lo qui-jotesco. Debe mandar, siempre que

sea posible, Don Quijote, debe mandar lo superior a lo inferior. Las dos cosas sí, compenetradas, indisolubles, pero la una por debajo de la otra. Hay, pues, un sentido, no simplemente imparcial, neutro, de la condición humana, sino un sentido ya decididamente selectivo y moral.

Por eso ya nosotros no despreciamos a Sancho como antes; le queremos como a Don Quijote, lo mismo que queremos a nuestros defectos, y por eso también cuando nosotros cometemos una mala acción, tenemos remordimientos. Decía Nietzsche: "el remordimiento es la mordedura de un perro en una piedra". Monstruosa opinión de aquel extraordinario espíritu. Realmente, el remordimiento ante una acción fea, ante una fechoría de las muchas que cometemos, no es nada más que el recuerdo que tiene Sancho de su amo Don Quijote y la vergüenza que siente ante él.

Este individuo dual, este Don Quijote y Sancho ya lanzados al mundo y a la vida, ¿cómo van a vivir? Hé aquí otra cosa que Cervantes nos trae en el **Quijote**; la franca y clara decisión de que el hombre debe vivir con normas, conforme a normas; que no puede rodar por el mundo a la deriva, al gairete, caprichosa ni frívolamente; que debe ir movido por una serie de normas de conciencia, que sean los motivos de todos sus pasos y de todas sus hazañas.

Un gran sociólogo alemán, Georg Simmel, dice, refiriéndose al hombre contemporáneo, que casi siempre sustituye las finalidades por los objetivos; esto es, casi todo el mundo vive pensando en objetivos; estos objetivos son, por ejemplo, ir al teatro el sábado por la noche, terminar la carrera dentro de dos años, encontrar un empleo después, hacer un viaje. Todos objetivos localizados y de radio corto. Y se va viviendo así, de objetivo en objetivo, como el salta-montes. (El hombre moderno es muy parecido al salta-montes, a pesar de que vayamos por los aires, en los aviones.) Salta-montes, de una semana a otra, de un mes a otro, de año en año; objetivos limitados y delimitados, interesados todos por referencia al bienestar del propio individuo. Pero, ¿y los fines? Y las finalidades. La acción que no termina en la semana que viene, ni en la otra, eso que llama Unamuno "ultratumberías", eso que se llama la acción por encima de nosotros, de nuestro expreso interés personal, la acción desinteresada, esa es la acción quijotesca. Porque la norma de vida de Don Quijote es el servicio de la bon-

dad. Unamuno que ha dicho de **Don Quijote** acaso las mejores cosas que se han dicho, Unamuno le ha llamado el “Caballero de la Bondad”. Esa es la virtud excelsa de Don Quijote, el ser bueno. Y no sólo el ser bueno sino el tener la pretensión extraordinaria e insólita de que todos los hombres sean buenos como él. No busca nada para sí; al contrario, cuando busca algo para él, le da esa forma verdaderamente extraordinaria: ¡Dulcinea! Todo lo que él pide es simplemente que se acate a Dulcinea o que se vaya a ver a Dulcinea. Ese es el único interés de Don Quijote, la forma de interés supremamente interesada, lo que él llama Dulcinea. Vive en servicio a los demás, servicio en función de amor y de justicia, esto es, para más allá de sí mismo, haciendo de la propia vida algo que supera los estrechos límites del egoísmo personal e individual. Tiene, pues, su norma, y, además, ajusta cada hecho a la norma. Los hechos de Don Quijote no son hechos sueltos, hechos de inconsciente. Este hombre, este loco, era un supremo consciente. ¡Que ciego hace falta estar para creer que Don Quijote no sabía lo que hacía! Al contrario, nunca perdía de vista ese ideal suyo, todos sus actos están engranados, están ensartados como en un maravilloso sartal en el hilo de su deseo de bondad y de justicia.

Tal empeño, tal afán, es arduo y es costoso. Por eso Don Quijote pone una virtud “ancilaria”, una virtud servicial, al servicio de su norma: la paciencia. Yo confieso que la palabra paciencia antes me irritaba un poco; pero, ahora, la paciencia para mí, y para muchos de nosotros, es el “pan nuestro de cada día”. Algunos españoles que yo me sé vivimos de paciencia, nos hemos dado cuenta de todo lo que representa esa fuerza de la paciencia. Don Quijote siempre por los suelos, siempre derrotado, siempre apaleado, nunca es vencido. A fuerza de paciencia; si le vencen hoy, se pone en pie, continúa mañana. De suerte que lo que hace Don Quijote es convertir el fracaso en algo como una etapa, como un escalón hacia el deseado triunfo futuro.

Quisiera añadir, si se me permite que rompa un poco el hilo de mi disertación, otra deuda que con **Don Quijote** tiene la novela moderna. Hace muy poco un poeta inglés distinguidísimo, también crítico, Stephen Spender, al hablar de los dos paisajes de la novela, hace este descubrimiento. (Es portentosa la cantidad de libros que se han escrito y que se escriben, y que probablemente se escribirán sobre la novela, sin que al

autor se le ocurra pensar que ha existido el **Quijote**. Yo ya en esto confieso que soy un poco parcial. Cuando yo cojo un libro sobre la novela, me voy a la lista de nombres, y si no está Cervantes, no lo leo. Esto no es naturalmente nacionalismo, pero parece que es una falta de conciencia de lo que es la novela lanzarse a hablar de ese género y no referirse a Cervantes como su padre.)

Pues bien, dice Stephen Spender: “en las novelas de Balzac, Dickens, etc., los personajes se mueven en un ambiente común, en una atmósfera común; aceptan las leyes que este ambiente les impone y los supuestos de ese mundo que ha creado el novelista y del que nadie duda”. “La mirada del novelista, sigue diciendo Spender, observa y acepta él también ese mundo, pero en los nuevos, al decir los nuevos se refiere a Proust, a James Joyce, a Virginia Woolf, a Virginia Woolf, a Kafka, ya no hay esa visión unitaria y concorde, cada uno de los personajes se asoma a una perspectiva distinta y sus puntos de vista se confunden. El personaje no está solo en relación con su mundo, sino que hace por asegurarse un equilibrio con los demás y con el suyo mismo. Tentativa de equilibrio que a cada paso vacila”. Parece que está hablando de **Don Quijote de la Mancha**. Recuérdese, por ejemplo, el famoso caso del yelmo y de la bacía. Rigurosamente, Cervantes es el primero que, bastante antes de Proust y de Joyce, crea a un personaje que no vive en el ambiente de los demás personajes sino que vive en el suyo y que intenta a cada instante buscar ese equilibrio que casi nunca encuentra. Y a su vez el autor se coloca en una atmósfera que no es ni la del uno ni la del otro. Es decir, esta multiplicidad de ambiente, algo de lo que Américo Castro llamó “la realidad oscilante”, y que Spender encuentra como grandísima novedad de la novela moderna, se da ya en el **Quijote**.

Y por último, debemos al **Quijote** la invitación al ejercicio de una facultad humana sin par, al ejercicio de la libertad. La lectura de **Don Quijote de La Mancha** es para mí una constante exhortación al hombre a que actúe libremente. Muchos autores empujan violentamente al lector al amor a un personaje y al odio al otro. Por eso el melodrama es tan malo. Porque en él ya está todo, prefijado, de antemano; todo lo que haga fulanito de tal es bueno, todo lo que haga menganito de cuál, es malo. El lector se ve forzosamente obligado a admirar todo lo del uno y a odiar todo lo del otro. El autor nos impone

una actitud determinada frente a cada personaje, apenas lo inventa.

La maravilla del **Quijote** es que Cervantes no nos dice en ninguna parte que Don Quijote es bueno, ni que Sancho es malo. No; los pone a caminar y nos deja a nosotros en perfecta libertad de conciencia para que sintamos simpatía por uno o por el otro, para que creamos que Don Quijote está loco o no lo está. En suma, para que estemos, a cada instante, ejercitando la prodigiosa capacidad de elegir y de preferir. ¿Y cómo hace esto? Yo tengo mi interpretación sobre el sentido del humorismo del **Quijote**. Para mí, el humorismo del Quijote es la técnica de libertad que emplea Cervantes. Porque al dar Cervantes a sus personajes esos sesgos, esas coloraciones indecisas, al mirarlo siempre al biés, de suerte que nos hagan reír y al mismo tiempo no nos hagan reír, que nos parezcan locos y no nos parezcan locos, al envolverlos a todos en esa prodigiosa atmósfera del humorismo, lo que está haciendo es precisamente diciendo: “yo no impongo nada, allá ustedes con ellos”. Y por eso el **Quijote** es una constante operación de elegir, una constante fuente de elecciones y de preferencias. El niño prefiere unas cosas, el mayor otras, el idealista aquellas, el realista las contrarias. Es decir, con el **Quijote** se puede demostrar casi todo. El positivista demostrará que Don Quijote era un insensato, que perdió la vida; el idealista al contrario, que era un hombre cargado de razón, que la ganó y la ganó para nosotros.

El **Quijote** es una invitación a la libertad. Cervantes, sabemos muy bien de qué lado está. ¿Qué duda cabe que Cervantes está del lado de Don Quijote? Esa paradoja de Unamuno de que Cervantes no entendió el **Quijote**, es paradoja genial pero inadmisibles. En el fondo de su alma Cervantes está por Don Quijote. Pero no nos dirá nunca que lo está, no. Parece decir a su lector: “tú puedes estar con quien quieras, yo aquí los lanzo; no sé quién es bueno y quién es malo. ¡Allá tú!” Pero ese **allá tú** no es indiferencia, es simplemente el decir: “Escoge, ejerce tu libertad. Tú decidirás entre el mejor y el peor, entre si la locura es locura, o es cordura.

Y aquí acabaría yo si no hablase en tierra de lengua española; pero aquí, en Colombia, tengo más que decir. Sí. Al **Quijote** debemos, los colombianos, los americanos, y nosotros los españoles, un entendimiento común. En el **Quijote**, nos entendemos todos. Diferiremos en muchas cosas, pero sospecho

que nos encontramos acordes en el **Quijote**. Y no es por entender su lengua, el idioma en que está escrito; es por entender más la querencia vital que en él late. Algo quijotesco común me temo que tenemos ustedes y nosotros. Algo quijotesco aliado a veces con impura ganga, pero perceptible siempre su oro, entre ella, tenían los conquistadores. Arciniegas ha dicho mucho y bien de eso. ¿Qué duda cabe que en Cortés, que en Pizarro, que en Jiménez de Quesada, había mucho quijotesco: empeño, afán de aventura, desprecio del peligro, fe en el hallazgo final?

De las empresas de la conquista leídas en las crónicas salen hoy para el lector unas especies de humaredas fabulosas que en el aire van tomando formas de fantasmas quijotescos. Ya luego, es un español, es Unamuno el que ha hecho este paralelo, un palpitar quijotesco es el que pone en pie y lanza por toda Sur América el alma y el propósito de Simón Bolívar. Quijotesca la conquista, quijotesca la independencia. ¿No es cierto que nos encontramos todos en paz quijotesca, americanos, españoles, en el **Quijote**? Así nos encontramos ayer. Mi esperanza es que en las muchas faenas dolorosas y arduas que nos esperan, nos encontremos también en ese augusto lugar de cita y reunión para la faena de la vida: **Don Quijote de la Mancha** y todo lo que él significa!

Y yo no tengo nada más que decir de Don Quijote, pero sí tengo algo que decir de mí, y de ustedes. Es decir, de Colombia y de este español andante, aunque no caballero, que ha venido por estas tierras. Lo que voy a decir, no lo quiero decir con palabras mías, lo voy a decir con palabras de un colombiano eminente y con ellas quiero despedirme, espero que no para mucho tiempo, de Bogotá y de Colombia. Estas palabras son de Nariño, las escribió en una carta, y decían así: "Si los destinos han querido que la España se vea envuelta en tantas calamidades, salvemos a lo menos a esta bella parte del mundo para que sirva de asilo a los mismos españoles que no quieren ser esclavos del tirano de Europa."